

Letra a letra

(Sobre la poesía última de Arcadio Ortega)

POESÍA

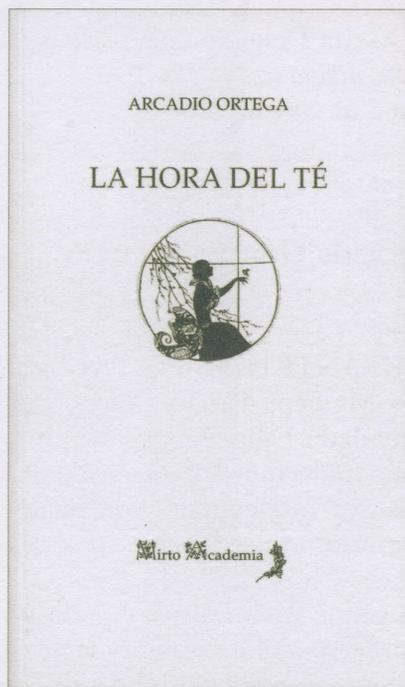
Arcadio Ortega

La hora del té

Mirto Academia, 26. Granada, 2007

Antonio Chicharro

ARCADIO Ortega acaba de publicar *La hora del té*, libro número 26 de la colección Mirto Academia que tan hermosamente edita Alhulia, su último libro de poesía que consta de tres secciones tituladas respectivamente “Esta lluvia del verbo”, “Sombras en el lienzo” y “El invierno que llega”. Esta ordenación de los poemas que, no lo olvidemos, consituyen signos literarios completos en cuanto que poseen un principio y un final, está hecha para agrupar por rasgos de familiaridad creadora y afinidad temática determinados textos que vienen a conformar y a nutrir así las respectivas líneas de fuerza de significación presentes en el libro, lo que consigue. Así, “Esta lluvia del verbo” agrupa veintiseis poemas que son variado fruto del sostenido proceso creador en el que vive el poeta, entre los que sobresalen los poemas de tema amoroso y en los que lo que llamamos vida, que el poeta antepone a todo, con toda la variedad de sus manifestaciones y bajo el cristal de su mirada estética que cristaliza en imágenes la realidad efímera como por ejemplo ocurre en el poema “Danza”, alcanza su total protagonismo poético como protagonismo alcanza en no pocos versos el cuerpo y sus efectos. Así, manos y caricia como en “Manicura”; ojos y comunicativa mirada como en el poema “Sus ojos”. Pero, además y paradójicamente, la vida que de esta manera entra en sus versos es valorada por encima de estos mismos versos. Así ocurre en “Triunfo”, un poema que habla del poema interrumpido para siempre por el amor. En cuanto a los nombrados poemas amorosos se refiere, el poeta escribe entre la realidad y el deseo, entre la certeza de un amor y su



sueño. Así, ya evoca reencuentros –“El té”, “Al cruce de la calle”, “Encuentro” y “Conversación”– o canta la grandeza del amor existente en ese instante preciso, un segundo infinito, el resplandor de un rayo que sigue al encuentro de los amantes y de sus cuerpos como se lee en “Instante”, “La siesta”, “Triunfo” y “La terraza”.

La segunda sección del poemario acoge aquellos textos que, por lo general, se ocupan de aspectos de la poiesis, esto es, de la capacidad –con sus resultados– de creación, verbal y no verbal, de poetas, pintores y hombres de bien que elevaron casi a la cualidad de arte sus humanas acciones como leemos en el poema dedicado, al igual que hiciera Francisco Ayala con su famoso relato, a la figura histórica de San Juan de Dios hermosamente titulado “Apenas hombre de Dios, su sueño...”, poema donde canta la loca verdad de aquel santo. Pues bien, de ahí que el título de esta parte, “Sombras en el lienzo”, guarde una imagen poderosa con la que reconocer la creación en general. Por eso, sobresalen entre los veintiún poemas que la constituyen las poesías sobre la poesía como ocurre en “Letra a letra”,

texto en el que el poeta escribe desde el extrañamiento y un consecuente sentido de alteridad sobre el proceso de escritura poética de un poema de amor. Y como ocurre obviamente en el así titulado “El poema”. Esta parte cuenta también con un núcleo no pequeño de textos dedicados a poetas. Me refiero a los titulados “Alberti, maestro, digo...”, sentido homenaje de este poeta de la alta Andalucía a aquel marinero en tierra; “Canto a tres voces. Homenaje a Federico García Lorca”, texto integrado a su vez por “El grito”, un poema de tan profundo como verdadero sentido elegíaco, el soneto “Huerta de San Vicente”, donde el poeta da cuerpo a la ausente presencia de García Lorca en el paradisiaco entorno vital de la huerta familiar, y “La conciencia”, una sentida evocación del poeta con notas de interpretación del ser y del estar del universal poeta granadino marcado por la tragedia. A estos dos poemas sobre tan esenciales poetas de nuestro tiempo, hay que añadirles “Granada nostra”, dedicado al gran poeta barroco, que precisamente Federico García Lorca redescubriera, Pedro Soto Rojas, del que Arcadio Ortega llegó a escribir un hermoso relato en su libro *Andaluces con paisaje*; y “Letanía a Maiakovski”, poeta ruso también marcado por la tragedia al que toma como personaje interlocutor en el poema y pone de ejemplo, con su paralela e implacable crítica, de poetas que se podrían agrupar sin serlo realmente en lo que el poeta nombra como “Frente artístico de izquierdas”. Tampoco faltan en esta segunda e importante sección de *La hora del té* los poemas, de largo aliento y anchos versos, de vocación interartística y profundo sentido no pocas veces ekfrástico dedicados a pintores y a la pintura, tales como “Mirar de artista” que dedica a Antonio Moleón; “Cuerpos en el lienzo”, dedicado a Manuel Moreno Romera; “Impronta del laberinto”, escrito pensando en los cuadros de Manuel López Vázquez, en ese testimonio, como dice en el último verso, “del alma gris, perenne, del Albaicín cubista”. A este pintor también

le dedica el poema “Río de vida”, título metafórico del que se sirve para cantar poéticamente

la Granada y su gloria —río de vida—
plasmada en la verdad de su pintura.

Y, cómo no, también dedica un bien construido soneto al famoso fraile cartujo pintor de bodegones de nuestra época áurea, Fray Juan Sánchez Cotán. Pero esta segunda sección del libro incluye además y, entre otros, poemas sobre Granada, el que hemos escuchado “El corazón manda (Casa de los Tiros)”, “Retorno”, una confesión de amor por esta tierra nuestra, además de “Réquiem por un paseo (Calvo Sotelo, años setenta)”.

Finalmente, “El invierno que llega”, la tercera parte, reúne los poemas —en total de veintiocho— de mayor tono meditativo y alcance existencial del libro, poemas graves que encaran la desazón interior —“Veo pasar tardes” es un claro ejemplo de ello—, el silencio y el paso del tiempo medido antes por la certera evocación de sensaciones que por fechas —aquí cabe nombrar los titulados “La existencia”, “Medida”, “El silencio” y “Sensaciones”—; poemas de la soledad y de los sueños —“En el azul”, por ejemplo—; poemas otra vez metapoéticos donde la superior experiencia de la poesía se vuelve sobre sí misma en un fluir de versos como ocurre en “Una palabra justa”; poemas al fin vitalistas en los que se araña un gota de vida, que siempre es vida, como en “Ya para lo que queda”, donde crítica a quienes queman su vida e ignoran la lección poética de la última estrofa: que vivir lo que queda es todo por vivir, y como en “Tormenta de verano”; poemas del recuerdo donde con humildad y descarnado realismo poéticos alcanzan su protagonismo verbal las experiencias de toda una vida, poemas que se quieren expresamente autobiográficos, tal como “Cuando digo mi calle” o “Humana cosecha del 38”, el año del nacimiento del poeta, año que le da ocasión para elaborar un veraz corte sincrónico de lo que el aquel segundo año triunfal

pudo suponer y supuso y de lo que significó su propia venida al mundo; poemas también de esencial defensa de la humana dignidad que constituye al sujeto poético, a todas luces y como consecuencia de su propia poética, trasunto del poeta, y de su derecho a decidir sobre sí mismo y su propia vida, tal como leemos en “Esencia” y “Privilegio”, respectivamente. Pero esta tercera parte tampoco se agota en estos poemas, de los que les he servido un muy leve perfil para que se hagan una idea de lo que se van a encontrar en el acto fundante y verdadero de su lectura y encuentro con el libro. Hay más, como corresponde a un poemario escrito desde la conciencia de que el invierno de la vida se acerca con su presentido final —léase si no el descarnado poema “Lo que queda”—, escrito desde la sabiduría que da la experiencia de la vida y que ahora le lleva a comprender que toda felicidad posible radica en la antesala de lo que así se nombra. Pero, con todo, no es este libro ni triste ni desolado sino realista. Y ser realista supone tener un cierto sentido de la realidad, con lo que ello conlleva de percibir ya luces ya sombras de nuestra propia existencia y entorno.

Claro que ser realista también conlleva el cultivo de unas formas que resulten fieles al modelo de la vida. De ahí que, a la postre, el poeta opere con una idea de su creación antes como un reducto de verdad y conocimiento que como un espacio de especulativa invención creadora desrealizador y evasivo y, en consecuencia, que huya de todos hermetismo. Por eso, los poemas se llenan de nombres, espacios, fechas, cuadros y otros múltiples elementos reconocibles —a la vista quedan—, si bien acaban siendo trascendidos para decir con ellos algo más que su realidad. Ahí radica una de las claves que explican el juego sin fin de la creación poética y de su significación. Por eso, al final, de lo que la poesía habla es de muy pocos y graves asuntos: de ella misma y de la extraña capacidad de que se inviste quien la crea, del poeta y de su individuación que lleva aparejada

una rara y exacerbada conciencia que convierte en extraño lo común y retiene en unos cuantos versos la emoción de un instante para que otros se sirvan de ella. La poesía habla, cómo no, a través de innumerables imágenes y motivos temáticos, del amor y de la muerte. Y de *eros* y *tánatos* hablé a propósito del libro de Arcadio Ortega *Ancora del tiempo*, la antesala de sus poesías completas, como uno de los rasgos unificadores también de toda su poesía, por lo que me veo en la necesidad de citarme, ya que estos dos elementos, decía

conforman la irresuelta ecuación de la vida de los hombres y el motor de nuestra existencia a través de las múltiples caras en que se manifiestan tales elementos nucleares: el amor-amistad y el amor carnal frente al desamor, la plenitud de sentirse vivo y la experiencia de la finitud, el placer más hondo y la más honda angustia vital a un tiempo, la alegría y la pena, etcétera, etcétera. Estamos tocando el fondo.

Por lo que respecta a algunos aspectos de su uso poético de la lengua el poeta hace un eficaz y abundante uso del versolibrismo, de sonetos y otras formas estróficas, dando cauce a versos de larga factura que se van entrelazando en un discurso de largos periodos sintácticos, por ser aptos a una poesía esencialmente meditativa que deriva en un discurso en el que se concitan a un tiempo un hondo lirismo y un modo que se quiere narrativo. Si, como ocurre con parte de sus novelas últimas como *El retorno de las rosas* y *El silencio de Laura*, nuestro escritor propende al lirismo hasta el punto de poder hablarse de las mismas como novelas líricas en el sentido de Freedman, cabe pensar en la posibilidad de que su poesía se oriente a un cierto modo de narración, con cierta capacidad de uso de voces y tiempo poéticos y de una espacialización poética que desarrolla mediante cierto modo de acumulativa descripción. Hasta aquí esta indagación en la poesía última de Arcadio Ortega, poesía construida con doradas palabras de la tarde mientras el invierno se acerca.